

¿París no se acaba nunca?

Gustavo Guerrero

Hace poco más de un año, en un ensayo publicado en esta misma revista, traté de analizar algunas de las causas del reciente interés de nuestra crítica por el lugar de París en la historia de la literatura latinoamericana. Con excesiva confianza, escribí entonces: «El mito de París es un mito fósil que ahora podemos contemplar en la distancia, como ya hemos ido contemplando la arquitectura desnuda de otros sueños que, al retirarse, el siglo XX ha ido dejando al descubierto»¹. Dice el proverbio que la lengua es castigo del cuerpo. Apenas unos meses más tarde, la publicación de las novelas *El fin de la locura* (2003) de Jorge Volpi y *París no se acaba nunca* (2003) de Enrique Vila-Matas vino a desmentirme en parte y también, en parte, a darme la razón. Y es que ambas novelas son prueba fehaciente de que el mito sigue vivo –y coleando– en nuestra más estricta actualidad literaria y, al mismo tiempo, muestran que ya sólo puede existir de un modo irónico o satírico, como un prolongado eco de las parodias devastadoras de Bryce Echenique. Así aparece, efectivamente, en las novelas de Volpi y Vila-Matas. Los dos lo someten a una divertida crítica que, mezclando los discursos de la narración y el ensayo, recorre los tópicos del viaje de iniciación, la búsqueda de una identidad y, por supuesto, el descubrimiento de una vocación literaria.

El lector curioso podrá comprobar que no son otros tres de los temas principales que se abordan en los trabajos reunidos en este dossier, como si la ficción y la no ficción estuvieran hoy marchando sincronizadas en sus lecturas del mito. O como si su fosilización suscitara un mismo tipo de imaginario que sólo puede decirse con palabras que narren y discurren, o discurren y narren. De este modo, en el primer artículo del dossier, el escritor Cristóbal Pera, a quien debemos uno de los mejores estudios sobre el París de los modernistas, resume la historia literaria de una *belle époque* hispanoamericana que sueña con las orillas del Sena y acaba despertando, decepcionada, en la vorágine de

¹ «Del mito a la historia: París y la literatura latinoamericana», Cuadernos Hispanoamericanos nº 636, Madrid, junio de 2003, pp. 77-87.

nuestros ríos selváticos, con la novela de la tierra. Por su parte, el conocido ensayista Guillermo Sheridan dibuja, en seis precisas viñetas, los distintos espacios y tiempos de la relación de Octavio Paz con París y pone de manifiesto las múltiples facetas de un vínculo que resulta decisivo en la formación del intelectual, el hombre y el poeta. En el tercer artículo, Sylvie Protin, universitaria y traductora de Julio Cortázar al francés, hace el recuento de los primeros años del argentino en la Ciudad Luz y examina el rol central que desempeña la traducción en la construcción de su doble identidad literaria, una de las claves interpretativas de sus cuentos y novelas. Una cordial conversación con el escritor Roger Grenier, decano de las letras francesas y memoria viva de la casa Gallimard, pone fin al dossier.

En mi texto del año pasado, abogaba, entre otras cosas, por una historia de las relaciones entre París y la literatura latinoamericana que fuera capaz de dar cuenta de la diversidad de un mito plural, complejo e inestable. Creo que las cuatro miradas que aquí se cruzan son una muestra de las posibilidades de esa historia y también de su necesidad si se quiere rescatar una parte de nuestro patrimonio común todavía poco y mal conocida. Ojalá que pronto otros trabajos vengan a completar esta primera cosecha pues, sin lugar a duda, el horizonte del mito es vasto y aún hay mucho por hacer. Probablemente, Vila-Matas tenga razón y París no se acabe nunca. O, lo que es lo mismo, que «siempre nos quedará», como decía el otro de la gabardina, mirando a los ojos a Ingrid Bergman.